

20 JUL 19 2011

Colección Eos

H
os
e
b
a
l
e
e.
n.



Tom IV = Precio: 10 CÉNTIMOS = Cuaderno 40

LIBROS PROPIOS PARA NIÑOS

DE VENTA EN LA LIBRERÍA FALCÓ Y BORRASÉ

<i>Cuentos de una buena madre</i>	3.00
<i>Leyendas de Flandes</i>	3.00
<i>La Gitanilla</i>	3.00
<i>La española inglesa</i>	3.00
<i>Viajes y aventuras</i>	3.00
<i>Cuentos de la Alhambra</i>	3.00
<i>Cuentos de la Isla Dorada</i>	3.00
<i>Zoología pintoresca</i>	3.00
<i>Martin el tonelero</i>	2.50
<i>Cuentos de Andersen</i>	2.50
<i>Cuentos cortos de los hermanos Grimm</i>	2.50
<i>Flores y arboledas</i>	2.50
<i>Fábulas de Iriarte y Samaniego</i>	1.90
<i>El Kreutzer</i>	1.90
<i>Fábulas de Iriarte</i>	2.00
<i>La vida es sueño</i>	2.00
<i>El Conde Lucanor</i>	2.00
<i>Hernán Cortés</i>	2.00
<i>El Califa cigüeña</i>	2.00
<i>El hurto sabroso</i>	1.00
<i>La voz de las campanas</i> , Carlos Dickens.....	1.00
<i>¡Dios salve a la Reina!</i> , Allen Upwar.....	1.00
<i>Minnie</i> , A. Lichtenberger.....	1.00
<i>Casa por alquilar</i> , Carlos Dickens.....	1.00
<i>Nerto</i> , Federico Mistral.....	1.00
<i>El secreto del ahorcado</i> , Carlos Dickens.....	1.00
<i>Tom Sawyer, detective</i> , Mark Tuain.....	1.00

Los huevos de Pascua : Cuentos de Carlos Perrault

El pájaro azul : Novelas caballerescas

Cuentos de la Condesa d'Aulnoy : La entrada del Paraíso

Sor Teresa : Un duelo en la Edad Media

El ángel bueno y el ángel malo : El ramo de oro

Cada tomo lujosamente empastado ₡ 1.50.

La torre negra : El niño robado : El doctor Langevo

: El cazador furtivo : El caballero de Lys

El tesoro : La rosa de los vientos : Un sueño

de cien años : El caballero del cisne : Un visitante

misterioso : El compadre de la muerte : La

virgen de los espinos : El triunfo del Ave María.

Cada tomo empastado ₡ 0.50.

TOMO VI

ABRIL DE 1918

NÚM. 67

EOS

DIRECTOR RESPONSABLE:

E. Jiménez Rojas

APARTADO 230

Propietarios: FALCÓ Y BORRASÉ

Administración: 7.ª Av., Este, 42 - San José

Marco Fidel Suárez

Este egregio ciudadano fué electo Presidente de la República de Colombia, el 10 de febrero último, por la Unión conservadora y una porción considerable del partido liberal.

Don Marco Fidel Suárez es una voluntad, una inteligencia y una ilustración auténtica. Es más: es un carácter. Su vida, en ascensión constante, ha marchado siempre sobre dos paralelas de oro: sus ideas y sus creencias. Ninguna claudicación la ha manchado. La pobreza meció su cuna; en la mísera escuela del triste villorrio donde vió la luz primera, aprendió a leer; en el Seminario de Medellín—asiló de la juventud conservadora entonces y semillero de hombres ilustrados y probos— puso los fundamentos de la eminente cima en que se mueve. Los clásicos griegos, latinos y castellanos dieron riqueza, claridad, precisión y elegancia insuperables a su estilo; las ciencias matemáticas, físicas y naturales regularon su imaginación; las me-

tatísticas lo dotaron de alas para remontarse, señorear el espacio y ponerse a la cabeza de los filósofos y moralistas de su patria, como las sociales, en sesgo vuelo, lo han colocado a la de sus notables estadistas. Dueño de su voluntad y conocedor de sus fuerzas, jamás tascó el freno de las impacencias juveniles. A los veintinueve años era ya una ilustración y nadie lo sabía. Fué preciso que el centenario de Bello, cuyas obras admiraba y conocía como pocos, viniera a solicitar su entusiasmo y a sacarlo de su voluntario retraimiento. Su aparición, más que un triunfo, fué una revelación: la revelación de un grande espíritu que marchó desde entonces a la par de los más altos conductores de los intereses sociales, sin que jamás perturbara su mente el pensamiento de arrebatarles la bandera. En el reposo de su fuerza, supo esperar su hora; y cuando ella hubo llegado, sin miedo y sin alarde, recogió la gloriosa enseña de manos del insigne Caro, herido por la muerte, en día infausto para la patria. Y entonces comenzó esa labor de paciente habilidad, de perseverancia, de humildad, de abnegación, de constante inmolación y desprendimiento, que culminó al fin en la restauración del gran partido político, cuya jefatura ejerció y ahora deja para ser el conductor de un pueblo que lo comprende y estima.

Pueblo intelectual y creyente, combatido como pocos por la demagogia y el empirismo—al fin vencidos—, Colombia ha puesto a la cabeza de su Gobierno, para regir los destinos del país, al «varón más preclaro de la Nación», al más desinteresado de sus hijos, al de mejor y mayor preparación entre sus ciudadanos,

según reconocimiento explícito de sus ardientes adversarios.

¡Paz y prosperidad a Colombia! ¡Gloria a su egregio mandatario!

EREMITA

Un discurso del señor Suárez

Ayer, a las dos y media de la tarde, en medio de un fuerte aguacero, se dirigieron del Capitolio a la casa del señor don Marco Fidel Suárez, los diferentes gremios conservadores que componían la manifestación organizada por el Centro conservador universitario en honor del candidato acordado por la Unión conservadora para la Presidencia de la República. Formaban parte de la manifestación, compuesta de miles de personas, los miembros conservadores de la Representación nacional, altas autoridades, distinguidas de nuestros círculos sociales y representantes de las asociaciones obreras de Bogotá. Daban también realce a la manifestación, los estudiantes conservadores de las diferentes Facultades y de los Colegios oficiales y privados de la capital.

Llegado el enorme concurso frente a la casa del señor Suárez, fué indispensable suspender, durante dos horas, el servicio de tranvías en la calle 15. Colmadas de gente las salas, el zaguán y los corredores, la concurrencia se extendió por toda la calle frente a la casa, entre aclamaciones al señor Suárez y a la Unión con-

servadora, y se alzó una tribuna, que fué ocupada, sucesivamente, por los Senadores doctores Alejandro García y Jorge Roa, por los representantes doctor J. Francisco Insignares S. y Jesús M. Yepes, por el Delegado de los universitarios, señor Rafael Tafur Guerrero, y por el señor doctor Abraham Afanador.

Entre aclamaciones de la enorme multitud, que continuó en la calle no obstante el tenaz aguacero, subió a la tribuna el señor Suárez, quien con voz clara y robusta dió lectura al siguiente discurso:

Señores:

Las manifestaciones que os habéis dignado hacerme, en nombre de esta respetable congregación de copartidarios, son tan honrosas para mí, como halagüeñas para nuestra comunidad política. Honrosas, porque están abonadas por una gran suma de inteligencia, ilustración y patriotismo; halagüeñas, porque forman una armonía en que se mezclan la aprobación de la experiencia, el estímulo de un poderoso apoyo, y los juveniles votos de una voz del porvenir.

Recibid, pues, y reciban todos vuestros compañeros la más efusiva acción de gracias de que soy capaz por el honor que en la persona de este copartidario tributáis al partido conservador unido.

Perteneciendo a ese partido, profesamos los principios de libertad, justicia y orden, que en el fondo son una misma cosa, según lo enseñó uno de nuestros conductores más sabios. Cuando nos digan que en nuestra comunidad bullen ideas de absolutismo y que con nuestros intentos se mezclan planes hostiles a la libertad y al honor, oigamos esas afirmaciones como si fueran «delirios de enfermo.» El suelo de Colombia es estéril

para la simiente de la arbitrariedad. Nuestro programa es, por el contrario, el de la libertad cristiana. La hora presente sería, además, la menos a propósito para hacer traición a las instituciones democráticas. Y sobre todo, el pueblo colombiano exige de nosotros que olvidemos siquiera transitoriamente, las cuestiones más teóricas, para aplicarnos a observar la ley, a respetar el derecho y a trabajar por la paz y el bienestar nacional con la solicitud con que un buen hijo mira por la salud de su madre.

Estos días, con sus peligros que inquietan el ánimo y con sus celajes que a veces lo confortan, debieran dedicarse a obrar más bien que a discutir; debieran ser días de reflexión y cordura y no de exageraciones apasionadas, de trabajo y no de agitación estéril, de reconciliación fraternal y no de resentimientos y querellas. Ellos deberían ser colmados no con luchas de partido sino con un grande esfuerzo nacional en favor de Colombia y en defensa de Colombia. En presencia de ésta, todo debería inclinarse, olvidarse y posponerse, a fin de que la República resultara preferida, atendida y exaltada por el amor y el respeto de sus hijos. No hay sacrificio que no sea obligatorio en obsequio del bien común, de suerte que sobre el culto de la Patria, sólo ha de ponerse el culto al divino Centro de donde descienden para los hombres y para los pueblos la luz, la fortaleza y la humanidad.

Nuestra Unión tiene, pues, como programa la libertad en el orden y como fin el progreso por medio de la reconciliación y la concordia. Ella, ante todo, ha de procurar la armonía entre nuestros copartidarios, a quienes llamamos incesantemente, sin ponerles más

condición que la de abandonar el propósito de restaurar las divisiones antiguas, condición tan justa y tan obvia, que no se comprende cómo algunos no la aceptan. Además, ha de buscar la concordia nacional de los partidos en favor de la paz pública, la cual es indispensable no sólo para el bienestar, sino para la conservación de nuestra Patria. La Unión es también una tendencia hacia la paz internacional, en virtud del apoyo que la opinión conservadora dispensa al Gobierno y al Congreso en la tarea de buscar soluciones equitativas a las principales diferencias que han estado pendientes entre Colombia y otras naciones. Y por último, debiera ser decidido esfuerzo en pro de otro concierto de carácter social, que atendiera a las relaciones entre el Estado y la Iglesia, y que se encaminara a conseguir que los derechos mutuos de las dos autoridades fueran reconocidos y consagrados por los diferentes partidos en forma definitiva. Si la Unión conservadora logra cooperar eficazmente en estas saludables conciliaciones, su nombre corresponderá a una realidad tan benéfica y tan bella como el cielo.

Muy bien hacéis, jóvenes del Centro conservador universitario, en meditar sobre el plan de la instrucción que recibís, porque de él depende en mucho el bien de la sociedad y vuestro propio bien. Pedid luz y más luz para vuestros entendimientos bajo la forma de maestros, libros, métodos y ejercicios cada día mejores. Aspirad a eso todos vosotros: los que os preparáis para la profesión que es sacerdocio de la justicia y milicia del derecho; los que os apacentáis en las ciencias exactas, que son el alimento más sustancioso del espíritu y el manantial más fecundo de la prosperidad

pública; los que cultivando las ciencias naturales, estudiáis los arcanos de la vida para luchar con la muerte y hacer con la caridad alianza; los que habéis escogido como porción el estudio fundamental de la filosofía y la literatura, forma sustancial de lo verdadero, lo bello y lo bueno. Fomentad en vuestro pecho la noble ambición del saber y agitad vuestros espíritus en torno de ese fanal, cuya luz procede del cielo y alumbrá para avanzar hacia los astros.

Pero también debéis aspirar a que se os infunda, por medio de lecciones y ejemplos, el hábito del deber, del cual irradian el honor, la magnanimidad y la práctica de las virtudes públicas y domésticas. Reclamad para vuestra educación cuidados todavía más solícitos que para vuestra instrucción científica, porque la primera tiene mayor influjo sobre vuestra dicha. Y no olvidéis que el deber, absoluto algunas veces, sólo puede tener como base adecuada y suficiente la fe de la Regla Suprema y la sumisión a su voluntad y a sus preceptos.

A las opiniones con que me honráis respondo que mis servicios en favor de la Unión conservadora se reducen a la perseverancia con que me afano porque en ella no se restablezcan las extinguidas fracciones. Sé perfectamente que mis facultades y circunstancias son inferiores al puesto que la mayoría conservadora desea conferirme. Comprendo las tremendas responsabilidades de ese mismo puesto, así como las zozobras, tribulaciones, desvelos y peligros que lo cercan. Me estudio a mí mismo, y no hallo en mi condición de hijo del pueblo sino buena intención, deseo de servir, y fe en la Providencia, que de las piedras levanta hijos de

Abraham. Pero comprendo también que el voto de nuestra comunidad, el cual puede modificarse cuando sea necesario o conveniente, debe ser obedecido; y lo obedezco sin elación ni abatimiento, del modo que un alma sumisa está dispuesta a recibir de Dios la miseria o los bienes, la salud o el dolor, la vida o la muerte.

Doctor Insignares: vuestras palabras, altamente honrosas para mí, corresponden a vuestra bondad, pero no a mis merecimientos. Las guardaré yo y las guardarán los míos como título que procede de nuestros más distinguidos ciudadanos, tan meritorio por la antigüedad e importancia de sus servicios, como por las luces y virtudes que esmaltan su espíritu y su corazón.

Doctor Roa y doctor García: vuestras voces de estímulo, emanadas de servidores públicos a quienes nuestra causa debe una gran cooperación de saber, de valor y de talento, excitan en mi ánimo profundos afectos de amistad y gratitud, fomentados por el recuerdo de aquel colegio del Espíritu Santo donde los tres recibimos las enseñanzas de Sergio Arboleda y Carlos Martínez Silva.

Doctor Yepes: vuestro discurso me ha conmovido, presentándome en vos el fruto cierto de una hermosa esperanza y un ejemplo de la noble gente que es en Colombia el mejor baluarte de nuestros principios, en la Provincia más conservadora del Departamento más conservador de la República.

Señor Tafur Guerrero: presentad a vuestros colegas universitarios el testimonio de mi gratitud, transmitidles los votos y conceptos que expresé acerca de sus

estudios, y aseguradles que soy su amigo decidido, que desea su prosperidad y espera y agradecerá su colaboración.

Doctores Afanador y Sánchez: los parabienes que os dignáis dirigirme corresponden al aprecio personal que hace mucho tiempo profeso a vuestras cualidades y que me retribuís del modo más ingenuo y amistoso. En vosotros saludo a la respetable concurrencia que se ha dignado hacer de este día uno de los más solemnes de mi vida y a quien correspondo, exclamando: ¡Dios guarde y prospere a la Unión conservadora! ¡Sirva ella a la paz, al progreso y al buen nombre de Colombia!

El Nuevo Tiempo, lunes 13 de Agosto de 1917.

Una carta

Bogotá, 25 de Octubre de 1917.

A ERNESTO BURBANO.—Popayán.

Felicito al Centro de estudiantes que defienden en esa ciudad la Unión conservadora por medio del periódico *La Sanción*. Esa colaboración juvenil es el mejor augurio y apoyo para nuestra causa. Muchas de nuestras dificultades son efecto de nuestra afición a los extremos en el orden teórico y práctico; y si la juventud se aplica a buscar el medio racional y justo, al fin las exageraciones podrán desacreditarse y ser reempla-

zadas por ideas y costumbres más benéficas. La hipérbole no sería entonces nuestro ambiente. La calificación de las personas no alternaría entre el panegírico y la diatriba. Nuestra actividad política no sería un vaivén entre el exceso de la libertad y el exceso de la autoridad. Y el espíritu de innovación sistemática no impediría concluir los cimientos de la organización política. Toca a la noble juventud aprovechar cien años de experiencia para dar a las otras edades ejemplo de moderación y sabiduría, ennoblecendo la Prensa, anteponiendo el trabajo a las palabras, mitigando las discusiones, y sacando verdadero el lema de la Unión conservadora, por medio de la defensa de lo bueno que encierra lo pasado, y por medio del impulso hacia los bienes posibles que reserva el porvenir. La juventud prestaría así un gran servicio a la Nación, y se labraría ella misma un imponderable merecimiento, cultivando la Unión conservadora, en vez de herirla, lo cual constituye la más enorme de las injusticias y plantea la más tremenda de las responsabilidades.

Adicto amigo y copartidario,

MARCO FIDEL SUÁREZ

De educación

La grandeza de las almas no la constituye una sola cualidad, pues supone un conjunto excepcional de raras virtudes. Un gran carácter es mucho más raro que un gran talento, pues este último es casi exclusivo dón de

la Naturaleza, mientras que en el carácter tiene gran parte la educación. Se ha observado que esta palabra quiere decir tanto como acción de extraer o hacer brotar la perfección que en todo hombre existe potencialmente. La educación es, pues, el arte de engrandecer al hombre por el cultivo de las dotes que recibió del Creador; por eso Sócrates comparaba su magisterio a un alumbramiento espiritual. Este arte divino no domina tanto el ingenio cuanto el carácter, pues si no es posible dar capacidad intelectual a quien no la posee, sí puede realizarse la sentencia de Saavedra, de que la enseñanza mejora a los buenos y hace buenos a los malos. No hay que creer con Helvecio que la educación sea capaz de amoldar a cualquiera; pero sí es fuerza admitir, porque es un hecho visible y constante, su grande influencia sobre el carácter de individuos y sociedades.

MARCO FIDEL SUÁREZ

La choza presidencial

A los extranjeros que van a Ajaccio y a los franceses continentales que visitan aquella ciudad, les muestran orgullosos los corsos la casita en donde nació Napoleón. Es una casita humilde, conservada tal y como estaba el día en que el futuro conquistador de Europa vino al mundo. No hay allí asomó alguno de lujo. Muebles ordinarios que ostentan el sello de la pobreza. Para

los que gustan de los hechos extraordinarios que la Historia acoge con desconfianza, guardan en la casa de Napoleón la alfombra con la efígie de Aquiles sobre la cual nació el héroe.

Cuando, en pleno esplendor del Imperio, estuvo en París la nodriza que crió a Napoleón, la madre de éste trató de regalarle la casita gloriosa. El Emperador se opuso a ello y profirió estas palabras memorables:

—Quiero conservar todo lo que recuerda mi origen obscuro: ello interesa a mi gloria.

En el país de Gales existe el tugurio en que nació Lloyd George, la figura actual de más realce en la democracia europea.

Lloyd George tiene dos hijos: un joven que está en el ejército británico y una linda muchacha de veinte años. Lloyd George es viudo.

Los hijos del eminente estadista inglés se han educado en medio culto. El joven es un «gentleman» por los modales, por la instrucción, por todo lo que constituye al caballero. La señorita Lloyd George es tipo encantador de la «lady» seductora y amable.

A sus hijos ha enseñado Lloyd George a enorgullecerse de su origen plebeyo y, más que pobre, miserable.

Un día, tratando en agosto Consejo de la corona británica algún asunto del país de Gales, se expresó Lloyd George de este modo:

—Cuando trabajaba yo con mi tío el zapatero..... Napoleón dijo en una reunión de soberanos:

—Venía yo entonces de mi paga de Teniente del ejército francés.

Loubet nació también en una pobre casita de Monte-

limar. Su madre le educó con lo que ganaba haciendo turrón. Rodeado de los esplendores del Eliseo y de Rambouillet, Loubet, Presidente de Francia, se extasiaba en recordar los días de su infancia desvalida.

Estando en Copenhague, huésped halagado del Rey de Dinamarca, tuvo Loubet el placer de oír al Rey Cristián, en una comida de corte, brindar por «madame Loubet, la noble mujer que dió a Francia un hijo ilustre.»

Recuerdo todo esto en honor de la choza en que nació en Bello, Departamento de Antioquia, el señor don Marco Fidel Suárez. Este conserva su pobre rancho, cuya pobreza reclama como el título más auténtico que en medio de la ilustración que brilla sobre su nombre tiene para merecer el respeto y el cariño del pueblo colombiano.

Nadie ha escrito todavía la historia del ciudadano esclarecido a quien el partido conservador eligió Presidente de Colombia el día 10 de febrero de 1918. Somos pocos los que conocemos cuán difíciles fueron la niñez y la adolescencia del hombre que de su inteligencia hizo pica para labrar su senda y de su honradez fanal para iluminarla.

Solo se levantó el señor Suárez. Estudió con ahinco en medio de las preocupaciones de la pobreza. Paso a paso fué ascendiendo y no hubo en él triunfo alguno que no respaldase la estimación pública. Ha llegado a la cumbre con su túnica blanca sin máculas y sin rasgaduras: los zarzales de la ingratitud no le han herido. Es varón consular y la injusticia se ha estrellado contra la filosofía cristiana que llena el espíritu iluminado del demócrata ilustre.



Mañana cuando el señor Suárez sea huésped de la República en el Palacio de la Carrera, hablará con redoblado orgullo de la choza de Bello, de la cabaña mísera que es palacio también, porque sobre ella caen los resplandores de un nombre ilustre y de los honores magnos con que la patria corona a ciertas vidas ¹.

TABLEAU
(AURELIO DE CASTRO)

De *El Pueblo*, de Barranquilla.

¹ *Bello* se llamaba *Hatoviejo* y era un pueblucho paupérrimo, a pocos kilómetros de Medellín. Cuando Marco Fidel Suárez se reveló en el Centenario de Bello, le cambiaron a Hatoviejo el nombre y lo llamaron *Bello*. ¿Por qué no *Suárez*?—Porque en esa tierra pareció quizá elogio desmedido, para un hombre vivo, semejante honor. Prefirieron el reflejo de la gloria de Bello sobre la frente del entonces joven Suárez a ahogarlo con oleadas de incienso. O quizá sería el mismo joven quien rechazó la honra de la sustitución. Hoy ese pueblucho—como si la gloriosa figura de su hijo le atrajera la prosperidad—es un pueblo de más de 6,000 habitantes y en su jurisdicción radica la fábrica de hilados y tejidos más importante de la República y el mayor elemento de propaganda del cultivo del algodón en ese activísimo Departamento.—EREMITA

Uná anécdota referente a Lord Salisbury, cuando estaba al frente del Gobierno de Inglaterra, enseñó lo medido que debe ser un gobernante en sus palabras.

Un día en que el citado estadista debía pronunciar un discurso en un mitin público, un amigo suyo lo encontró muy pensativo en su despacho.

—Supongo que está usted pensando lo que va a decir esta tarde—le dijo el amigo.

—No, todo lo contrario—replicó Lord Salisbury—; estoy pensando lo que no debo decir.

A un gran Poeta

Oh Poeta, las almas te escuchan. Habla! Impera!
Echa atrás, con un gesto, tu oscura cabellera,
Como la de un felino soberbio sobre cuya
Cerviz pasa una mano femenina, la tuya,
Y desatando en ondas el verso hecho de lumbre,
Haz flotar sobre el pueblo, como desde una cumbre,
La noche en tu melena, y en tu palabra el día!

La turba está en silencio y tu ademán espía.

¿Por qué callas? Levántate, y una vez más entona
La rimada parábola que arrulla y que alecciona.
Ofrece melancólicos desfiles de camellos
A los fatuos que sólo saben reír; a aquellos
Que vegetan e ignoran la abnegación serena,
Muéstrales la aureola del mártir en la arena;
Al burgués que prospera sin recordar los males
Que lo imploran, enséñale, tendido en sus umbrales,
El triste can de *Anarkos*; y al hombre que no sueña,
Despliegale en el alma dos alas de cigüeña.
¡Habla! ¿Por qué se inclina tu frente, y tu pupila
Escudriña la turba, y en vez de arder, cavila?
¿Vas a truncar de pronto tu dulce apostolado?

¡No, que súbitamente tu sien se ha levantado!
Tus labios se entreabren,—y bajo el cielo en calma
Es perceptible el vuelo tremente de cada alma
Hacia el festín de olvido que apréstanle tus labios—;

Tu mano se alza,—y odios, rencor, codicia, agravios,
Prosaicos apetitos, sectarias divisiones,
Todo lo que marchita pueblos y corazones,
Todo lo que condenan, Moisés cantor, tus tablas,
Al gesto de tu mano se desvanece.—Y hablas!

Hablas... Pero qué vértigo te invade? Eres el mismo?
Qué sopro lamentable de corruptor realismo
Turba tu frente, «nido de férvidas estrofas»?
Sueñas? Soñamos todos? ¿Qué ocurre en tí? Te mofas?
¡Oh, qué triste emboscada tendias a tus fieles,
Agazapado bajo tu bosque de laureles!
La copa en que esperaba gustar la turba ansiosa
El vino que consuela de la terrena prosa,
Hé ahí que se la tiendas mendicante y vacía
En busca de políticos sufragios... Oh ironía!
Maestro, los neófitos venidos de muy lejos
A escucharte, se quedan mirándote, perplejos.
¿«Candidato»? Es posible? Tan poco y tanto anhelas?
Así de alto te arrastras? Así de bajo vuelas?
Ah! Descender del Monte de los Iluminados
Para ceñir el nimbo de los Sacrificados,
Es bello!... Pero hundirse del pueblo entre la espuma
—Gaviota que no teme desprestigiar su pluma
Por recoger despojos en torno del navio—
A pescar, de esas ondas en el vajén sombrío,
Fortuitos y gastados favores populares;
En el rincón poblado de ritmos y pensares,
Sobre la mesa cómplice del soñador delirio,
Dejar la rima en blanco y aislado el hemistiquio
Por salir a las calles en bullicioso raptó
—Buhonero demasiado genial para ser apto—
A anunciar un artículo que no es siquiera el tuyo;
Cambiar tu sol de Grecia por el falaz cocuyo
Del público entusiasmo, relampagueante y breve,
Y para conseguirlo, rendir ante la plebe
La lira sacrosanta, que al gesto en que la humillas,
Con sus curvados flancos, parece de rodillas;
Engañar, duplicarse, ser Jano y ser Tartufo
Por alcanzar un mando,—resulta extraño y bufo

En quien nos ha prescrito, con giro noble y terso,
«Sacrificar un mundo para pulir un verso!»

Oh! qué golpe ha sufrido la lírica falanje!
Si tú, su Guía, aceptas con avidez el canje
De las grandezas nuestras por las grandezas de otros;
Si haces del Arte un medio, no un fin,—cuando nosotros
Tus soldados, hablemos de amor, de poesía,
De la *misión sagrada* que Apolo nos confía,
Nos befará la turba, y es justo que nos befe:—
¿Quién respeta la causa, cuando deserta el jefe?

«—Querer sentirlo, verlo y adivinarlo todo!»
Así se va a los astros—pero también al lodo.
No te acojas a un lema tan dúctil y tan vario;
Quizá cuadre al artista; no cuadra al mandatario.
Mira en la historia el cúmulo de abusos y de errores
Que las naciones deben a aquellos conductores
Que, impulsivos o indoctos, osaron de igual modo
Querer sentirlo, verlo y adivinarlo todo.
Y sin embargo es ésa, Cantor, tu sola excusa.—

A un tiempo, pues, traicionas al Pueblo y a la Musa!

Si al menos tu cenáculo—¿comprendes cuál?—tu nuevo
Cenáculo, el que ríe so capa del gran Febo,
En tí viera otra cosa que un nombre claro, un foco
Radiante y oportuno con qué dorarse un poco!
Mas no... Bien saben ellos, cual lo sabe el planeta,
Que no está en los comicios el reino del poeta;
Bien saben que la arenga florida y laborada
—Miel de almas y de oídos—no augura a un pueblo nada;
Bien saben, por la fábula como por el instinto,
Que a cada sér otorga Natura un dón distinto;
Que en un solo cerebro Verlaine y Thiers no caben,
Y que cada obra tiene su obrero. Bien lo saben.
Pero se encogen de hombros: basta a sus tramas toscas
Un dulce panal vivo que capte humanas moscas!
Engrosar su corrillo con todo el que desiste
De un credo que (oh mudanzas!) tú mismo defendiste,

Tal es su fin. ¡Por eso, con solapado guiño,
Te adoptan, Cisne lírico, y a tu plumón de armiño
Le hacen el homenaje y al par el desacato
De asimilarlo al blanco sayal del candidato.

Estamos, pues, en plena comedia. Y qué! ¿La farsa
No es usual en la diaria política comparsa?
Ellos trillan su senda tradicional. Lo extraño
Es que tú, genio crédulo, te prestes a su engaño,
Ejecutes su mímica con aire convencido,
Declames sus cartillas, y después de haber sido
Aguila del Parnaso, sesgando el vuelo al solio,
Pretendas ser ahora ganso del Capitolio!

¿O será que en tu mente, como oruga rastrera
Que entre una flor magnífica ronda, calla y prospera,
Desde hace mucho, sordo cual un remordimiento,
Replegado al peligro y a la ocasión ateuo,
Haciéndose un disfraz del pétalo que engulle,
Pero cada vez menos amortajado, bulle
Debajo de la pompa floral de tus canciones,
El pequeño político, roído de ambiciones
Que babea de envidia, cuando pasa, sonoro
De nombres aclamados, «el céfiro del foro»?

Enhorabuena, entonces! No invoques ya tus cantos.
Tu musa es Egoísmo; tu nombre, *Uno de tantos*.
Nuestro amor iba al Lírico—no al Rábula intrigante.
Ensaya, como un pitre, tu labia y tu desplante,
Y alégrate si acaso tu verbo sobrepuja
La risa de la maja y el silbo del granuja.
Tu gloria en callejera parada se convierte.
Habla, que te miramos. Tu gesto nos divierte.
Y hé aquí que al observarte con ojos minuciosos,
No ya como discípulos, sino como curiosos,
Vemos—¿es realidad o es apariencia?—vemos
Que tu fértil melena, tortura de blasfemos,
Disminuída, mítica y humilde, se ha ajustado
A la civil y estrecha rutina de un peinado!...
En todo, aun en lo físico, tu estirpe se desmiente.

Oh! No puede ser digno, viril ni consecuente
Un programa, Tribuno, ni un ideal, Poeta,
Al cual, por primer gaje, le inmolas tu silueta!
¿Qué despertar el tuyo, mañana, si mañana,
Desdiseñado de aquellos que tu elocuencia hoy gana,
Te vieras (Lamartine vió iguales despertares)
Errando a la ventura sin sueños ni cantares,
Ajeno al ciudadano tropel, que no te nombra,
Y sin poder tú mismo reconocer tu sombra!...

No! No aflijas la tribu que honraste y que hoy degradas,
Dándote en espectáculo tan triste a sus miradas!
Evita un paralelo que ofende a tus devotos:
Nerón haciendo versos, tú conquistando votos.
Aun es tiempo. No todas tus urnas de ambrosía
De electorales urnas presumen; todavía,
Hijo insigne del Pindo, en tu oratoria asoma
La exótica opulencia de tu primer idioma,
Y mientras te ajeteas por plazas y teatros
Bien se ve que te estorban «las alas del Albatros.»
Aun es tiempo! Suspende tu demagogo alarde,
Ven!...Las colinas nadan en arrebol; la tarde
Como una Berenice doliente se despide.
Un reposo inspirado la inmensidad preside;
Y, pues que lentos *Angelus* de las iglesias llegan,
Los árboles, cual santos en oración, despliegan
Sus hojas traspasadas de luz, ante el Ocaso.
La brisa bulle apenas, para ser más de raso.
Los objetos meditan en la quietud radiante,
Y sus sombras parecen—más largas cada instante—
Abrazar cada instante con más amor la tierra.
Un denso y mixto efluviio de parques y de sierra
En el aire teñido de múrice incendiario
Gira... Y toda la tarde se ha vuelto un incensario!

¿Desecharás todo eso?... Te lo vedan las rosas
Y el amor; te lo vedan las almas y las cosas;
Todo lo que, sensible o inanimado, aspira
A la consagración sonora de la lira;
Todo aquello de que eres el portavoz sagrado,

Y por tanto—ya que amas las cosas del Estado—
El recóndito acento del pueblo dolorido,
Que a veces de los grandes no llega hasta el oído,
Pero que irá a las nubes, si tú le formas eco.
Vuelve a tí! «Sacerdocio» no es un vocablo hueco.
Rompe tus nuevos pactos: la madre Poesía
Es celosa. Recoge tu cetno de armonía
Y abandona a su curso la ciudadana ola.
Acaricia tu cruz, y sufre tu aureola!—
¿Te queda algún patriótico temor? Mira al Oriente:

Un resplandor que toma la forma de una frente
Viene! En torno a esa frente tranquila y pensadora
El albor de las canas es un albor de aurora.
Y el niveo Enviado avanza con el sencillo aplomo
De lo que llega y debe llegar. Y un «*Ecce homo!*»
Su presencia a los labios del Porvenir arranca...

Joven Laureado, deja pasar la testa blanca!

UN POETA OSCURO

El Nuevo Tiempo, 28 enero 1918.

Los antigramaticales

Decididamente jamás dejaremos de ser lo que hemos sido. Hubo un tiempo en que era cuestión de Estado el escribir ciertas palabras con G o con J y el usar la I latina en vez de la Y griega. Los liberales tenían a mucha honra desdeñar la G y la Y griega; los conservadores, al contrario.

Hoy, a propósito de candidaturas, se nos sirve el

plato de que la poesía es la cosa más útil para un Jefe de Estado, y la gramática, lo más pernicioso. Es una teoría novísima, hecha sobre medidas, llena de originalidad, de sorpresa y hasta de gracia¹.

Ni el saber encontrar consonantes, ni el conocer las leyes del lenguaje, son cosas por las cuales se pueda definir un hombre de Estado, en absoluto, rotundamente, ex-cátedra. Casi, casi es ese el mismo criterio

¹ No le vemos ni la originalidad ni la gracia al tal plato. «La poesía es la cosa más útil para un jefe de Estado», dicen y halagan la vanidad del eximio poeta Guillermo Valencia. «La gramática, lo más pernicioso», agregan, halagando con ello la ignorancia de Benjamín Herrera. Ambos jefes— el disidente conservador y el liberal—quedan contentos, aunque el primero sea uno de los colombianos que mejor conocen la lengua castellana y por ende su gramática.

La soldadura de la fracción disidente conservadora con la mayoría analfabeta del partido liberal no nos parece muy sólida. Es demasiado pesada esta porción e indefectiblemente romperá la soldadura, al echar a andar, por su propia pesantez. A menos que aquella no resista y se deje arrastrar.

Y no denominamos analfabeta la porción liberal acaudillada por Herrera, a humo de pajas. Entre el Dr. Lombana Barreneche y Benjamín Herrera hay la misma distancia que entre la minoría liberal lombanista y la mayoría liberal herrerista. Aquél es un científico y los que lanzaron y apoyaron su candidatura, son la flor de los intelectuales del partido. Este, Herrera, como las chusmas que lo siguen, un analfabeta en todos los campos intelectuales. Es un mero chafarote sin conexión alguna con la ciencia y el arte de gobernar.

Buena para las luchas en los campos de sangre y de matanza, donde imperan la brutalidad y la inconsciencia de la fuerza ignara, en los de la paz no traerá sino perturbaciones alarmantes y perniciosas, esa híbrida asociación de descontentos a quienes el orden y la paz asfixian. Y si el Gobierno del señor Suárez no sacude ese «espíritu pacato» que, al decir de don Recaredo de Villa, aqueja al partido conservador en el poder, y no se resuelve a extirpar, sin consideraciones de ninguna clase, los elementos de la Administración que de cualquier manera resistan, desacaten, desvirtúen o hagan nugatorias las disposiciones dictadas por el Poder Ejecutivo, sin duda alguna la paz estará en peligro. Los desórdenes de Santander, los de Bolívar, Atlántico y Magdalena, los de Cundinamarca y las deshonrosas pedreas de las chusmas bogotanas, frutson, sin duda, de la meticulosa lenidad del Presidente Concha. Claro hemos visto los ausentes de la patria, y ya para siempre!, que esos bochornosos acontecimientos han sido fomentados casi en su totalidad directa o indirectamente por los Gobernadores, obrando franca o hipócritamente contra las órdenes del Gobierno. Los juicios sobre esos desórdenes y los que se sigan para anular registros electorales sacarán verdadera esta afirmación.

que siguen muchas señoras y no pocos políticos para definir a un buen Canciller: el que usa guantes color de caspiroleta o de panza de burro a toda hora y cambia de corbata varias veces al día, ese es el hombre... Curioso andaría Bismark en esas, curioso Adolfo Thiers, curioso Venizelos...

Todo el que se ha pasado horas en el estudio de la lengua—la hablada—es un imbécil. Hé ahí por qué no lo somos nosotros, decía por escrito un progresista. Es increíble, pero esas fueron sus palabras. Y de su demostración salían los malos Gobiernos: allí don Miguel A. Caro, allí Marroquín, etc. Imposible hacerle comprender que si el Gobierno del señor Caro no fué bueno—según su opinión—no se debió eso a la Gramática, ni en mucho ni en poco. Imposible que entendiera que si el señor Caro no hubiera tenido el cultivo intelectual maravilloso que tenía, hubiera gobernado de manera muy inferior a como lo hizo. El General Payán, por ejemplo, no necesitó de la Gramática para hacer una tristísima Administración. Probablemente el tipo del Gobernante de los enemigos de la ciencia del lenguaje sería el Dictador Melo...

Dedicad una gran inteligencia al estudio de la lengua y tendréis a Littré. Brunetiere y Faguet ante todo fueron centinelas de la Gramática. Si hay algún pueblo en donde se vele por los fueros del lenguaje patrio, es Francia. Todo libro francés, desde el más alto de pensamiento hasta el más mediocre de fondo, está correctamente escrito. En las escuelas han sabido hacer respetar el idioma y no comprenderíamos cómo se hubiera podido cincelar el estilo de Flaubert y de France, con el desdén novísimo de nuestros «progre-

sistas» por el estudio del lenguaje. Solamente hay otro país que iguale a la democrática Francia en el cuidado por su lengua: Alemania, donde parece que hay instrucción pública... Cualquiera soldado de los que consumen su vida en las trincheras, os dará una conferencia sobre el dativo y el acusativo, lo mismo que lo haría Von Tirpitz. Id a aprender la lengua alemana sin gramática! Aquello es algo distinto a atacar la gramática en lenguaje pedestre. ¡Manes de Santiago Pérez, de Gil Colunje y de tantos ilustres gramáticos liberales que no alcanzaron la coalición progresista..!

¿Qué dirá de esto ese altísimo espíritu, lujo de la inteligencia colombiana, que es José Ignacio Escobar? Sin embargo, desde que cualquier Felipe Trigo o cualquier Unamuno dice que no sabe gramática, aquello es dogma para cierto género de intelectuales, especialmente si éstos pertenecen a la conjunción de las fracciones monopolizadoras de la civilización.

¡Oh, los civilizados!

De El Nuevo Tiempo.

ECO

El 10 de Noviembre último se verificó en Bogotá la inauguración de la estatua de MIGUEL ANTONIO CARO y del edificio de la Academia de la Lengua, levantados ambos en el lugar en que vivió aquel eminente colombiano. A modo de simple eco de tan

significativa fiesta, reproducimos el siguiente fragmento de un estudio, del distinguido académico don Antonio Gómez Restrepo:

«Caro era poeta, y por eso pudo decir en frase vibrante: «la poesía no es humana música de palabras, sino celeste música de pensamientos.» Caro comprendía la alteza de la misión de los vates verdaderos, y por eso escribió: «no le está vedado al poeta el campo de las luchas sociales; pero descienda al combate como Santiago en medio de las huestes ibéricas: luminoso, aéreo, armado a lo divino.» Caro, crítico, rendía el siguiente homenaje al genio poético de la persona de Núñez de Arce: «Acometiendo a poetas vestidos como el nuestro de armadura vulcánica, la crítica esgrimidora puede tirar sin miedo a herirles el corazón, segura de que, como el gran Diomedes cuando hirió a Venus, apenas podrá causarles ligeros rasguños.»

Pasma la cantidad de talento, de ciencia, de erudición que ostentó Caro en sus estudios. Lástima que éstos sean trabajos aislados y que el autor no hubiera concentrado sus fuerzas en una obra fundamental, como una historia del humanismo o un trabajo sintético, al modo de Taine, sobre la literatura española e hispano-americana. Tales como han quedado esos escritos fragmentarios, parecen columnas esparcidas, listas para la construcción de un edificio majestuoso, cuyo plano murió con su autor.

¿Quiere esto decir que la crítica de Caro sea infalible, que no haya nada que agregar ni quitar a sus fallos; que su criterio tuviera la amplitud universal del de Goethe, para sentir con igual intensidad todas las formas del arte y hacer plena justicia a todas las

escuelas? La infalibilidad no es atributo humano, y menos en cuestiones literarias, donde influyen tanto las aficiones personales, la educación, la moda y el medio intelectual en que se escribe. Además, a personalidades tan caracterizadas e inteligencias tan dominadoras como Caro, que había nacido para enseñar como maestro y definir como doctor, no se les puede pedir que empleen los distingos, las salvedades, las medias tintas que tan bien sientan en un crítico de la familia de Valera. Pero es justo observar que la inflexibilidad y rigidez dogmáticas que se notan en Caro como polemista y orador político, se manifiestan menos en sus monografías literarias, debido en parte, como indicamos atrás, a la clase de temas que trató de preferencia. Su gusto era tan hospitalario, que habiendo sido en su juventud intérprete de Horacio y de Virgilio, en su edad madura fué traductor excelente de Byron y de Lamartine. Con todo, no diríamos que él llegara a gustar del arte moderno con el fresco entusiasmo de Menéndez y Pelayo, quien logró una amplitud de visión, un sereno desinterés de juicio, que son rasgos de genio.

¡Caro y Menéndez Pelayo! Hé aquí dos de los últimos representantes de la grandeza española. Ellos, en esta época de decadencia, recuerdan la vitalidad que en otros tiempos tuvo la raza para producir seres superiores, que dejaron vinculados sus nombres a obras memorables.»

LAgregamos algunas palabras del discurso del General J. Holguín en el acto de la inauguración de la estatua:
«Caro, en cualquiera parte del mundo en que hubiera

nacido, se habría apareado con los grandes hombres. En Inglaterra hubiera sido uno de aquellos scholars, hijos de Cambridge o de Oxford, humanistas al par que hombres de Estado, y entre ellos guarda sin duda con Gladstone singulares analogías, no siendo la menor de ellas la profunda religiosidad de sus almas; en España, Cánovas del Castillo, apellidado por sus contemporáneos «el monstruo», hubiéralo tenido por hermano intelectual, allí donde Menéndez Pelayo, el primero entre los sabios contemporáneos de la Península, compañero suyo en doctrinas literarias y filosóficas, lo acababa y lo amaba; en la América española su compañero es don Andrés Bello, favoreciendo al egregio venezolano el haber podido ejercer el magisterio docente con mayor continuidad y reposo, lejos de la arena ardiente de la política, pero brillando en Caro en grado más excelso las grandes virtudes ciudadanas; y remontándonos a edades más antiguas, ¿quién no soñaría verlo en las calles y foros de Roma, departiendo con Cicerón o recitando exámetros latinos con su dulce y amado Virgilio?

...En su corazón se albergaba con raíces tan hondas el sentimiento del amor a Colombia que a él lo sacrificó todo, entero se entregó a la patria, por ella fué apóstol y mártir.

Y al lado del amor patrio y como una especie de prolongación natural de él, el sentimiento del americanismo, aclamado antes que nadie por el gran Presidente Monroe, y del cual fué Caro adalid constante, defendiéndolo aquí y allí y promoviendo en cuanto estuvo en su mano el acercamiento intelectual y político de los pueblos de América; y al par el culto por España

y por sus tradiciones, y sus esfuerzos ingentes, en épocas muy distintas de las actuales, por el acercamiento de Colombia hacia la Madre Patria. Su cultura era ante todo latina y española; el cultivo profundo de la lengua, a que consagró buena parte de su vida, lo consideró como elemento necesario para el mantenimiento de la fisonomía intelectual y moral de estas comarcas americanas; qué mucho si en Caro, de origen netamente español, parece como si la raza no hubiera sufrido alteración alguna al trasplantarse al Nuevo Mundo; si en él parecían renacer, como en los días más gloriosos de España, las virtudes y condiciones características de ese pueblo admirable; la firmeza del aragonés, la claridad de entendimiento y hermosura de dicción del castellano, la gracia y donaire del hijo de Andalucía, cuna de su linaje. Fruto primero y valiosísimo de aquellos esfuerzos fué cabalmente la fundación de esta Aeademia, cuyos muros parecen hoy confundirse con los del propio hogar de Caro, y a cuya sombra está bien que él reviva en la vida serena del Arte.»

«Caro, poeta y filósofo, católico de una sola pieza, político autoritario, discípulo y seguidor de De Maistre, defendió con ardientia las libertades civiles y los fueros del derecho individual.»

Mi vida, lo confieso, ha sido feliz: pero los cimientos de esta dicha no han sido ni la fortuna, adquirida por el trabajo, ni algunos éxitos técnicos, ni la elevación a ciertas dignidades. He sido feliz gracias al *deseo de hacer siempre más y mejor.* LANNELONGUE.

Orto y Ocaso

Ya las claras del día éntranse por el Oriente apagando el brillo de las últimas estrellas, que parpadean, como rendidas del sueño, allá en las alturas de la bóveda azul; los gallos se rebullen en los corrales, y al sacudir su caliente pluma, esponjándose, cantan una vez y otra, con esa voz agria y chillona, mezcla inarmónica de notas graves y agudísimas, mientras las calladas hembras, despreciando esos floreos músicos, escarban con sus paticas el estiércol, picoteando las semillas a medio fermentar, que brindan suculento desayuno. Ya los gorriones se esparcen en alegre turba por los sembrados, hundiéndose en la dorada mies y comiendo a su sabor de los granos sazonados en la turgente espiga; ondas de luz llenan el espacio; el ambiente estival, fresco como una caricia del alba y sano como la fruta en sazón, difunde los effluvios del campo, que llevan en su conjunto embriagador aroma de la hierba seca, perfumes de las granadas mieses, olor de pámpanos y racimos verdes, de tomillos y jaras, de tanto arbusto, árbol y flor como en la estación fecunda rinde homenaje de amor a la pródiga madre Tierra.

Grupos de gente del campo, los hombres con zahones de piel de cabra, camisas de lienzo y gruesos za-

patos herrados, las mujeres con refajos de color y ancho sombrero en la cabeza, salen por las preciosas puertas árabes, y envueltos en el polvo blanco del arrecife, se alejan cantando, dan en la espadaña bizantina, redoblan y tabletean con sus picos larguísimos; los trenes rompen la campiña con su estruendoso ondular... y entre la salvaje armonía de estos rumores, álzase triste, como la vocecita del niño enfermo, el són pausado y melancólico del esquilón de la iglesia, que llama al pueblo a la primera misa.

La tarde avanza con su cortejo de luces y neblinas: allá quedan los segadores envueltos en los destellos últimos del día cortando mieses con sus cansados brazos. El río se despeña quejumbroso por la presa del molino; los grillos cantan bajo la grama fresca; las vides agitan sus sarmientos como llamando al aire de la noche; las cigüeñas vuelan hacia el nido de broza que labraron en lo alto de la espadaña bizantina; la estrella de la tarde, como globo de luz, hermosa y triste, álzase en el cielo cual heraldo de las sombras... Grupos de campesinos avanzan por el caluroso arrecife, entre el polvo que levantan las llantas de las ruedas de las carretas cargadas de grano, que gimen al rozar sus ejes secos, con un ritmo pausado y dulce semejante a los ecos de la gaita pastoril; las murallas y terrenos en ruínas de la ciudad morisca parecen temblar entre la niebla transparente y azul que los envuelve; las mujeres cantan en el camino, recogiendo el refajo en la cintura y clavando en el pelo espigas rubias que el viento mueve. La tarde es triste como el alba alegre; el campo descansa caldeado; los hombres van hacia sus hogares y como llamándolos con

sones melancólicos, lanza el esquilón de la iglesia el toque de «Angelus», que sube en ferviente oración a los espacios.

JOSÉ NOGALES

Adiós!

Quando se derribaba la casa en que vivió sus últimos años y murió el eminente señor don Miguel A. Caro, su hijo Luis Alejandro escribió el siguiente hermoso y sentido soneto:

*Adiós, paterna casa, que algún día,
cual roca aislada en temporal deshecho,
supo alojar debajo de su techo
todas las prendas de la vida mía.*

*Aquí se irguió magnífica y bravia
aquella frente; aquí, ensanchando el pecho,
el último baluarte del derecho
se derrumbó sobre la tumba fría.*

*Adiós, paterna casa! ya mis ojos
hechos fuente de llanto ante el recuerdo
no saben traducir tanta amargura;*

*Y, blanquísima rosa en los abrojos,
blanquea entre la sombra en que me pierdo
la imagen maternal bendita y pura.*

LUIS ALEJANDRO CARO

I Remember, I Remember

(DE HOOD)

I

*Bien recuerdo la casita,
La casita en que nací,
Con aquella ventanita
En que cada mañanita
Se asomaba el sol por mí.*

*Nunca vino tan temprano
Que me hiciese largo el día;
Pero ahora bien quisiera
Que la noche no se fuera
Sin llevarse en su carrera
Esta inútil vida mía.*

II

*Bien recuerdo aquellas rosas
De hojas nieve y rosicler;
Y esas violas aromosas,
Y esos lirios, esas cosas
Que de luz parecen ser.*

*Esas lilas do el pardillo
Su casita y nido hacia;
Do en sus días fue mi hermano,*

*Y un citiso plantó ufano,
Y aquel árbol de su mano
Vive y crece todavía.*

III

*Bien recuerdo aquel paraje
Do me usaba columpiar,
Y pensaba en cada viaje
En el júbilo salvaje
De las aves al volar.*

*Mi alma entonces era un pájaro
Y volaba así también;
Ya está lerda e impotente,
Y no hay viento ni torrente
Que refresquen la tremente
Calentura de mi sien.*

IV

*Bien recuerdo los abetos
Que sombreaban el solar;
Cuyos troncos siempre quietos
Puntiagudos, altos, prietos,
Hasta el cielo iban a dar.*

*Tal pensaba el niño cándido
En su tonta sencillez;
Pero ahora, roto el velo,
Sé que estoy, ¡triste consuelo!
Más distante ya del cielo
Que en mi cándida niñez.*

RAFAEL POMBO

AGENTES DE «COLECCIÓN EOS»

<i>San José</i>	José Marín
<i>Heredia</i>	Rafael J. Elizondo
<i>Cartago</i>	David Elizondo
<i>Alajuela</i>	Ramón Méndez
<i>Limón</i>	Raúl Alvarado
<i>Puntarenas</i>	Alfredo Moya
<i>San Ramón</i>	Nautilio Acosta
<i>Santo Domingo</i>	Manuel Córdova
<i>Naranjo</i>	Demetrio Cordero
<i>Puriscal</i>	Pedro Saborío
<i>Turrialba</i>	Leovigildo Arias S.
<i>Coronado</i>	Juan Méndez Chaves
<i>Liberia</i>	Fabio Araúz
<i>Juan Viñas</i>	Jaimé Marín P.
<i>Barba</i>	Ismael Conejo C.

PUNTOS DE VENTA DE EOS: En San José, Librerías Falcó y Borrásé, 7.^a Av., Este, 42 y Lectura Barata, frente Correo.

LIBRERÍA FALCÓ Y BORRASÉ

1	<i>Las Fantasías de Juan Silvestre</i> , C. Lira.	¢ 0.25
2	<i>Oro de la Mañana</i> , Rafael Cardona.....	0.25
3	<i>Cuentos Grises</i> , Carlos Gagini.....	0.25
4	<i>Prosas</i> , José A. Silva.....	0.50
5	<i>El resplandor del ocaso</i> , Francisco Soler.....	0.50

HEINE

Los dioses en el destierro.....	1.00
De la Alemania, 2 tomos.....	1.60
Italia.....	1.00

BUCHNER (LUIS)

La vida psíquica de las bestias.....	3.00
El hombre ante la ciencia.....	1.00
Fuerza y materia.....	1.00
Luz y vida.....	1.00
Ciencia y naturaleza.....	1.00

PROUDHON (P. J.)

La única salvación.....	1.00
La educación.—El trabajo.....	1.00

RENOVACIÓN

CUADERNOS DE CIENCIAS Y LETRAS

Director: Asdrúbal Villalobos

PUBLICADOS:

- 1 *Las virgenes locas*, V. Blasco Ibáñez..... ₡ 0.15
- 2 *Clopinel*, Anatole France..... 0.15
- 3 *Homenaje a Francia*, Varios..... 0.25
- 4 *La escuela altruista*, Anselmo Lorenzo.. 0.15
- 5 *Lecturas*, Angel Ganivet..... 0.25

EN PRENSA:

- 6 *La Basílica-Fantasma*, Pierre Loti..... 0.25

 Lea **COLECCIÓN EOS**

La mejor revista del país

Si le interesa esta publicación solicítela a los editores Falcó & Borrásé.

Dirección: 7.^a Avenida, Este, N.º 42,
Apartado 638, San José, Costa Rica.

IMPRESA : LIBRERÍA : ENCUADERNACIÓN

CASA EDITORIAL

FALCÓ Y BORRASÉ

SAN JOSÉ DE COSTA RICA : CENTRO AMÉRICA



Tomo VI = Precio: 15 CÉNTIMOS = Cuaderno 68

EOS

CUADERNOS DE 32 PÁGINAS DE VARIADA LECTURA
: : : FUNDADA EL 1.º DE FEBRERO DE 1916 : : :

Director responsable: ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS, Apartado 230.
Proprietarios: FALCÓ Y BORRASÉ : Impresores-Editores.
ADMINISTRACIÓN: 7.ª Avenida, Este, N.º 42 : Apartado 638.
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

PRECIO DE SUSCRICIÓN:

Por series de 4 cuadernos.....	₡ 0.50
Número atrasado.....	0.20
Tomos empastados, cada uno.....	3.00
EXTERIOR: 52 cuadernos, pago adelantado.	\$ 3.00

NOTAS: Los colaboradores que nos honren con sus producciones deberán dirigirse al señor Director.

Los canjes y todo lo relacionado con la Administración de EOS, a los señores Falcó y Borrásé.

LA MARINA

Establecimiento de Abarrotes, Granos y Licores
Ventas al por MAYOR y MENOR

En el Mercado - Avenida Central

Se complace en ofrecer a su clientela todo esmero y cuidado en las órdenes que se le den por teléfono, en la seguridad de que ellas serán despachadas inmediatamente a su casa de habitación.

Cuando Ud. necesite algo comprendido en nuestro género, pídale con toda confianza al **Teléfono 584** o diríjase al **Apartado 979** y quedará sumamente satisfecho su deseo, por la rapidez de nuestro despacho, por la pureza, calidad y precio de nuestros artículos.

Eduardo Castro Saborio

Suscribase a EOS

Es la revista más instructiva del país. Publica 32 páginas de variada lectura. La dirige don ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS.

Precio de suscripción: Serie de 4 números 50 céntimos. Número suelto: 15 céntimos.

Solicite un ejemplar de propaganda.

Administración: 7.ª Avenida, Este, 42, San José, Costa Rica.

Apartado de Correos número 638.
Falcó y Borrásé, Propietarios.

IMPRESA : LIBRERÍA : ENCUADERNACIÓN

CASA EDITORIAL

FALCÓ Y BORRASÉ

SAN JOSÉ DE COSTA RICA : CENTRO AMÉRICA

TOMOS PUBLICADOS:

- 1 *Las Fantasías de Juan Silvestre*, Car-
men Lira..... ₡ 0.25
- 2 *Oro de la Mañana*, Rafael Cardona. 0.25
- 3 *Cuentos Grises*, Carlos Gagini..... 0.25
- 4 *Prosas*, José A. Silva..... 0.50
- 5 *El resplandor del ocaso*, F. Soler..... 0.50
- 6 *Bocetos*, Alejandro Alvarado Q..... 0.50
- 7 *El último madrigal*, F. Soler..... 0.50

 EOS y RENOVACIÓN se venden en la LIBRERÍA TORMO, al lado de La Magnolia, Avenida Central.



PROXIMO CUADERNO

LA VIDA QUE PASA

En breve aparecerá lujosamente editado, un tomito de crónicas del celebrado escritor EDUARDO ZAMACOIS. Nos parece que toda recomendación está por demás. Zamacois es de esos autores para quienes los comentarios elogiosos sobran.

Se pondrá a la venta la próxima semana. Estará ilustrada con un magnífico retrato del autor.

El cuaderno—que pertenece a la ya recomendada biblioteca *Renovación*—valdrá solamente 25 céntimos.

EN PRENSA

El Estado Docente, por Ricardo Castro Meléndez, Profesor Normalista.

TOMO VI

ABRIL DE 1918

NÚM. 68

EOS

DIRECTOR RESPONSABLE:

E. Jiménez Rojas

APARTADO 230

Proprietarios: FALCÓ Y BORRASÉ

Administración: 7.^a Av., Este, 42 - San José

LA JUSTICIA

(Extracto de "Eos")

El autor desecha como incompleta la interpretación jurídica según la cual la justicia es la conformidad a la norma establecida en el foro. En su concepto este criterio no puede bastar para el legislador y mucho menos para el reformador. Llega a la conclusión de que justo es lo que satisface e injusto lo que defrauda una expectativa razonable y establecida, relacionando de tal suerte la justicia con la concepción más amplia de lo razonable.

How then to find the happiest spot below?
Who can direct where all pretend to know? 1

Así cantaba el Viajero de Goldsmith. Con dificultad semejante tropezamos para definir la justicia. Las definiciones son al propio tiempo muy diversas, demasiado vagas y bastante perentorias. Por muchos siglos la definición que encabeza el *Corpus Juris* ro-

1 ¿Cómo encontrar, pues, aquí abajo el rincón más feliz?—¿Quién puede dirigir, donde todos pretenden saber?—LA REDACCIÓN.

mano, dada por Ulpiano bajo Caracalla, ha sido suficiente para abogados y legisladores. «La justicia es el propósito constante y establecido de dar a cada uno lo que es suyo.»

Esta definición resulta lo bastante completa si aplicamos a ella las dos presunciones legales de que todo aquello que tiene una existencia concebible, tangible o intangible, tiene un dueño; y de que cada persona, a riesgo propio, debe saber quién es dicho dueño.

Pero no se necesita aducir argumento alguno para demostrar el carácter artificial de estas presunciones, según las cuales todas las cosas pertenecen a alguien y todos conocen al propietario, no requiriéndose sino asignar a cada cual su derecho conocido: *Suum cuique tribuere*. El hecho mismo de que el jurisconsulto adopte semejante actitud y se coloque en el terreno ventajoso de dichas presunciones claramente inciertas, sirviéndose de ellas para fundar su sistema, provoca la sospecha de que adolecen de algún vicio radical. Si sólo puede emitir sus leyes viéndose libre de la necesidad de justificarlas, es razonable concluir que dicha justificación le es difícil y que permitirse objetarlas sería peligroso.

El investigador recto no puede partir de esas presunciones. Únicamente le interesa descubrir cuál es la condición cuya presencia y ausencia indican las palabras «justo» e «injusto». Se verá obligado a desechas la presunción de que todos la conocen. Si todos la conocen, su noción puede llegar a parecerse al «todo erróneo» de Hennessey; porque, ya consideremos la cuestión abstracta o concretamente, ya busquemos una definición o una aplicación de los térmi-

nos, no hay nada en el mundo acerca de lo cual reine más desacuerdo. Prueba incontestable de ello nos suministran las instituciones de justicia y sus administradores profesionales. ¿Cuál es el cometido principal de las agencias sociales organizadas, y en realidad su cometido exclusivo, en vista de la escuela del *laissez-faire* de los pensadores políticos? Cierta y sencillamente el de fijar la línea de justicia entre los intereses encontrados y los contendientes, todos y cada uno de los cuales afirman porfiadamente que el Estado debería dejarles en plena posesión del campo. Y no tenemos que investigar entre los teóricos políticos para encontrar esta conclusión. Para nosotros mismos y nuestros semejantes, ¿cuáles son las funciones del Estado con que todos entramos personalmente en contacto? La del recaudador de contribuciones, la del magistrado y la corte, y la que confunde a los campeones del *laissez-faire*: la de la escuela. De todos estos factores, el indispensable, si el Estado debe seguir siendo Estado, es la corte y la magistratura. La absoluta necesidad del recaudador de contribuciones se explica por el mantenimiento del juez. La escuela es un agregado cuyo forzoso mantenimiento sólo puede justificarse por la función que desempeña. «Para gobernar a un hombre libre, debe instruírsele.» Madison, reconocido como el arquitecto en jefe de nuestra constitución nacional, declaró en el *Federalist*: «La justicia es el fin del gobierno. Es el fin de la sociedad civil. Siempre ha sido y será siempre perseguida hasta que sea alcanzada o hasta que se pierda la libertad en su persecución.» Admitimos que esta justicia, que a veces enardece de

tal suerte la persecución, debe ser, para el abogado y el magistrado a quien aquél ayuda a guiarse, la conformidad con las normas legales existentes al tiempo del litigio; normas, sin embargo, sujetas a cambios constantes. Pero para el político como para el reformador o el simple moralista dedicado a esta índole de investigaciones, debe encontrarse un criterio de justicia que no sea aquel que el jurisconsulto y el magistrado profesan seguir.

¿Qué quiere decir *justicia*? Hemos podido llegar a saber bien lo que quiere decir «ventaja» o «utilidad.» Lo que fomenta el bienestar general es, como lo demuestra Spencer, aquello que aumenta o tiende a aumentar el volumen y campo de la vida humana aumentando los medios de sostenerla o reduciendo la fuerza de las influencias que obran en contra de ella. Esto es algo que en último análisis puede llevarse a una prueba de experiencia sensible.

Lo que quiere significar por justicia el abogado es la conformidad a la norma establecida en el foro por fuerzas sociales contendientes, entre las cuales, y no en último término, se hallan los ideales populares. No debe culpársele si toma la norma tal como la encuentra establecida por el momento y define la justicia como la conformidad a esa norma. Si consigue resolver el caso que defiende según la norma sentada, afirma que ha llegado a un resultado justo. Pero tal conformidad con la norma establecida no sirve al legislador, mucho menos al reformador. Cuando este último condena la ley o la norma existente como injusta, y propone otra que se halle siquiera algo más cerca de la justicia, ¿qué es lo que quiere significar?

Si sugiere un cambio meramente útil, sabemos cuál es su mente. Sabemos que propone hacer más fácil sostener y dignificar la vida humana, realizando este propósito por el mejoramiento de sus condiciones, ya sea apoyando su esfuerzo o combatiendo los agentes que la deprimen. Pero cuando nos dice que su propuesto cambio se encamina a una distribución más justa de las ventajas o una división más equitativa de los males, ¿qué es lo que quiere significar? Por cierto, no la conformidad a las normas existentes. Aboga abiertamente por cambiarlas. Por ejemplo, si establece o propone establecer una nueva ley sobre la responsabilidad del patrón, que deba responder, en el caso de todos los empleos peligrosos, por los perjuicios derivados de contingencias exentas de culpa, simples accidentes debidos a coyunturas de acontecimientos imprevistos y prácticamente inevitables, no inculpables a descuido de parte de la persona dañada ni a negligencia del patrón, ¿qué quiere significar al decir que su propuesta ley es más justa que las tres normas establecidas por la ley no escrita para la protección del propietario? Las tres normas, que despertaron la ira de Mr. Roosevelt, son: primera, que el empleado dedicado a un trabajo peligroso asume todos los riesgos evidentes y necesarios relativos a dicho trabajo en sus condiciones ordinarias. Llámase ésta, ley de la asunción del riesgo por el empleado. Segunda, la norma de que el patrón no será responsable por ningún perjuicio recibido por causa de un co-empleado dedicado al mismo trabajo; norma conocida por la del co-empleado. Tercera, la norma de que no se deberá compensación a ningún empleado

a cuyo perjuicio haya contribuído en cualquier grado su propio descuido, sin considerar cuán negligente o culpable haya sido el patrón; que se designa por el nombre de norma de negligencia contributiva.

Como he dicho, podemos comprender fácilmente lo que entiende un sostenedor del nuevo plan cuando afirma que su plan de que todos los empleos que envuelven riesgos extraordinarios deban responder por ellos, en lugar de hacer responsable al empleado, es más ventajoso para los interesados. ¿Descubrimos su significado cuando dice que esto sería más justo?

Hé aquí otro caso. Dos socios han trabajado juntos por largo tiempo en un negocio lucrativo. Lo han llevado a cabo en un edificio que vale 25,000 dólares, situado en un lote de terreno que vale 5,000 dólares. Al comienzo de la sociedad uno de ellos era el propietario del lote y del edificio, y los incluyó en la firma social, capitalizándolos al precio de 30,000 dólares, bajo la condición de que al disolverse la firma serían recuperados a dicho precio. Los socios trabajan y prosperan por más de treinta años. Sobreviene un incendio, sin culpa de ninguno de los dos, y el edificio queda destruído por completo. Hallábase asegurado en 14,000 dólares, suma que cobra la firma. Los socios deciden, no reedificarlo, sino cerrar el negocio. El lote vale aún 5,000 dólares. Su socio le dice al que contribuyó con la propiedad: «Según nuestro contrato, usted volverá a tomarla al precio de 30,000 dólares. Espero que cumpla justamente lo contratado».

 Solicítese EOS y RENOVACIÓN donde nuestro agente Odilón Cordero, en Limón.

El otro contesta: «Yo debía recibir la propiedad, y cinco sextas partes de ella se han convertido en humo. Su demanda no es justa.» ¿Qué es lo que cada uno entiende por el término justo?

Citemos otro caso, dado por Mr. Murdock en una conferencia: el caso de los dos contrabandistas sentenciados por el juez Archibald. Un comerciante de Broadway había esquivado a la aduana sedas y guantes por valor de 1,250,000 dólares. Un vendedor de frutas griego había introducido bananos por valor de 2,500 dólares, sin someterlos al inspector de aduana. Ambos confesaron su delito. Permitióse al acaudalado delincuente recobrar sus confiscadas mercaderías, multósele por unos cuantos miles de dólares y fué puesto en libertad. El vendedor de fruta perdió sus plátanos y pasó varios meses en prisión. Mr. Murdock declaró las sentencias injustas y regocijóse de que el pervertido funcionario, a quien tachaba de haber abusado de su posición, fuera más tarde acusado de otras faltas. ¿Qué quería significar por justicia? Y ¿es tal justicia de la misma índole que la que Mr. Roosevelt concibió al atacar la norma de asunción del riesgo y aplaudir la ley sobre la responsabilidad del patrón? Y ¿tuvieron Mr. Roosevelt y Mr. Murdock en mente la misma condición que como justicia afirmaron los dos socios en su disputa sobre el edificio incendiado?

¿Cómo podremos determinar que sería más justo hacer gravitar sobre el negocio los perjuicios que de él se derivan, en lugar de inculparlos al hombre que a sabiendas se encarga del trabajo por un salario convenido y a riesgo propio? ¿Cómo resolveremos que multar a Goldberg por contrabando, permitiéndole retener

sus mercaderías, fué decisión injusta comparada con la pérdida que Callas experimentó de sus bananos y el prolongado término de prisión por un delito semejante pero menor? ¿Nos apoyaremos sólo en intenciones de justicia para decidir si el socio propietario debe aceptar el lote y sufrir la pérdida del edificio de acuerdo con la letra del contrato, o si tal daño debe pesar sobre la firma que usó del edificio y lo poseía cuando ocurrió el incendio? En todos estos casos ¿es alguna condición simple, siempre la misma, e inmediatamente reconocida por el sentido moral, la que nos lleva a aplicar la calificación de justa o injusta a la ley propuesta, a la sentencia pronunciada y al disputado arreglo por la pérdida? Si se tratase de resolver entre blanco y negro o cualquiera de los tonos intermedios, no tendríamos sino que ver y decir. En caso necesario, compararíamos con algún tipo de color admitido, y acaso ocurriríamos a una persona entendida en tonalidades de color, para mayor seguridad, pero aquel tipo habría sido establecido por la observación y el empleo instintivo del sentido visual.

¿Podemos determinar la justicia o su ausencia por el uso inmediato de facultades innatas de percepción que radiquen en nosotros mismos; e implica esa palabra tal percepción de cualidad en las tres aplicaciones que han sido sugeridas? ¿Es la capacidad de distinguir lo justo de lo injusto, que Aristóteles declaró pertenecía sólo al hombre entre los seres vivientes, una facultad directa e inmediata por la que se descubre el aspecto moral de disposiciones sociales, cuestiones legales y contiendas entre individuos, tal como la capacidad del ojo para diferenciar e identificar los colores?

Tal es la cuestión que se plantean algunos distinguidos pensadores de nuestro tiempo. Uno entre ellos, que tal vez merece ser escuchado con más respeto, es Delyvecchio. Cita este escritor italiano gran número de nombres en apoyo de su doctrina sobre la intuición inmediata de la justicia. A mi parecer afirma demasiado, aunque admite que en el comienzo esta facultad intuitiva, este *sentimento giuridico*, como lo llama, existía sólo en germen y ha requerido para su desarrollo una prolongada preparación a través de la historia, cuando menos, y acaso una evolución más remota. La caracterización de las acciones humanas como justas o injustas no puede ser la obra de una simple intuición, por más desarrollada que se la considere. Parece ser un juicio en que resulta necesaria una comparación de elementos cuya relación debe expresarse. En cada uno de los tres casos enunciados, la responsabilidad del patrón, la disputa de los socios, las sentencias en castigo de los contrabandistas, la respuesta de lo que cada cual razonablemente espera, satisface, al menos en grado mayor, la conclusión que denominamos justa, y es nuestro fundamento para la adopción del término.

¶ Pero el análisis no debe comenzar con tres problemas en cuyas soluciones difieren los versados. «De los labios de los niños procede la alabanza perfecta.» La perfecta condenación debe proceder de la misma fuente. Nuestros pedagogos nos dicen a menudo que cada niño pasa por todas las fases de la civilización. ¿Qué ocurre con los niños a este respecto? Fenómeno notable en el niño, cuando su propia individualidad constituye su descubrimiento

más reciente e inmediato, es su sentido de propiedad. Conozco una personita cuya primera expresión del propio yo, fué la palabra «mío.» «Mío quiere esto.» «Mío quiere guantes.» La concepción del yo habíase producido no sólo en relación con las cosas sino con la propiedad de las cosas.

Conocí a otra criatura algo mayor, lo bastante crecida para dirigirse alegremente al kindergarten. Cierta día le dijeron que llevase su almuerzo y que todos tendrían un picnic en la arboleda. Probablemente se le insinuó en forma definida lo que era necesario llevar, porque cuidó minuciosamente de que el almuerzo contuviera ciertas cosas y en determinada cantidad. Con su alegría habitual se alejó en la mañana. Regresó inesperadamente temprano, la fisonomía nublada. No se mostró al principio muy comunicativa, pero al fin rompió a decir: «Tomaron mi comida, la pusieron con todo lo demás y no me dieron nada de lo que era mío.» Cuando se le explicó que era para la escuela y que debía conformarse con que engrosara las provisiones comunes, exclamó: «Pero no me lo pidieron.» No se oponía a ser generosa, pero exigía que se le proporcionara la oportunidad de serlo.

No hace mucho un amigo, que se había echado sobre los hombros la responsabilidad de dos familias, hallóse en conflicto acerca del modo cómo armonizar las relaciones de ambas. Viudo con varios hijos, habíase casado con una señora que tenía dos más. Declaró que siempre había encontrado a sus hijos generosos y bastante liberales hasta que los dos pequeños extranjeros vinieron a formar parte de la familia; trató de que procedieran con ellos generosamente, pero toda suerte de bajezas

se le oponían. Al pedirle detalles, descubrí que había implantado la división entre varias cosas infantiles. Le pregunté si en realidad no había estado violentando el sentido de justicia de sus propios hijos, arrebatándoles lo que se habían habituado a considerar como suyo y dándoselo a extraños. Una llamada a sentimientos de generosidad no era del caso. Si sus hijos se sentían seguros de su posesión y su dominio era reconocido, se conducirían liberalmente con los otros. Ellos se consideraban con título legítimo contra los intrusos. Dar a estos últimos una parte, sin compensación para aquéllos, que estaban convencidos de su derecho, tenía que provocar disputas y desagrado. No podía esperar generosidad impuesta por la fuerza, ni paz permanente hasta que ambos partidos aceptasen el resultado como justo. Tal acción armonizaría razonablemente las expectativas de ambos. Sobre todo, no era posible esperar liberalidad tratándose de un derecho disputado. Y así, según mis insinuaciones, por algunos años ha conseguido arreglar una situación difícil, demostrando una vez más que la justicia es la base de la paz.

El primer libro de mi propiedad fué *El libro segundo* de Sanders. Mi madre habíame enseñado a leerlo alguna vez y por medios que mi memoria no conserva. La pequeña escuela campestre a que fuí enviado no graduaba a sus alumnos por la edad, ni el tamaño, ni por el número de años de asistencia. La dama que dirigía la escuela sometió a prueba mis conocimientos y dijo que necesitaba un libro segundo. No había ninguno en casa, porque ella insistía en que el único que podía servir era la *Nueva serie* de Sanders. Recuerdo que corrí hasta el patio interior de la casa adonde mi

padre se hallaba después de traer una carga de madera, mucho después de anochecido en un helado día de noviembre, y le pregunté si tenía mi libro. «Sí,» repuso, «está en aquel lío atado a la cadena de la madera. Llévalo a la casa.» Cargué con el lío y, habiendo encontrado el libro, procedí a buscar lo que contenía.

En alguna parte he leído que pasados cien años, de todas las obras que se relacionan con el hombre en la actualidad, se hallarán en uso aún unas cuantas canciones, unas cuantas carreteras y unas cuantas leyes. Ciertamente en lo relativo a ese temprano incidente de mi vida, algo semejante ocurre. El camino por el cual había venido el libro en la carga de madera aún cruza la pradera, con su vereda de cascajo en el mismo punto en que el verano anterior había yo observado a los trabajadores amontonándolo hasta que llenaron la línea que salvaba el pantano. Del libro recuerdo algunos versos que contenía, y la historia de un muchachito llamado *Ciro*, que regresó muy serio una noche de la escuela. Una investigación descubrió que había sido castigado aquel día por un juicio injusto. En su escuela los alumnos a veces actuaban como árbitros entre ellos mismos, con lugar a apelación al maestro. Un muchacho pequeño tenía un gran saco, demasiado grande para él. Otro muchacho mayor cuyo saco se volvía demasiado pequeño para él, propuso cambiarlos; el pequeño resistió, siendo entonces *Ciro* nombrado árbitro. Y *Ciro* había decidido que el muchacho mayor tomara el saco grande y el menor se quedara con el chico. Sólo mucho después llegué a saber que la historia fué escrita por *Jenofonte* y que el errado juez era *Ciro el Grande*.

Creo, sin embargo, que la anécdota, falsa o verdadera, representa un episodio precursor de su posición real. Si el pequeño *Ciro* pronunció efectivamente ese juicio, fué porque ya entonces el despótico legislador oriental se manifestaba en él y había eliminado el espíritu de juez. Ningún escolar que haya leído la historia, sin sospechar la categoría del héroe, habrá aprobado aquel desconocimiento de los derechos de propiedad. *Ciro* defraudó la expectativa razonable al negar la propiedad de su saco al más pequeño de sus discípulos.

La niña que no recibió nada de su almuerzo en el picnic y a quien su provisión le fué arrebatada, tenía razón desde su punto de vista. Sólo le faltaban conocimientos acerca de lo que en su caso podía razonablemente esperar. Las expectativas de los niños tienen una agudeza proporcionada a la simplicidad de su concepción de las cosas y a su ignorancia sobre convencionalismos. Su ignorancia misma de consideraciones restrictivas robustece su sentimiento de propiedad. Pero ya sea este sentimiento infantil, simple y fuerte, o sofisticado, maduro y mezclado a otras consideraciones, lo que llamamos justo o injusto es la realización o la falta de lo que consideramos como expectativa razonable.

Por consiguiente, la cuestión sobre la responsabilidad de los patrones se reduce a lo que el trabajador espera en forma de justicia. ¿Asume el riesgo cuando toma el empleo, o debe el riesgo cargarse a las ganancias del negocio y medirse por escala fija la compensación del empleado? A mi juicio la mayor parte de nosotros aceptaría que, propiamente hablando, no

sería injusto legislar sobre relaciones futuras bajo la condición de que fueran absolutamente comprendidas por ambas partes al pactarlas. El arreglo tendría entonces que hacerse consultando el principio del mayor bien social, esto es, que produjera el menor daño y ofreciera el mayor rendimiento. Esto también contribuiría a demostrar que la justicia consiste en la armonía, mediando expectativas razonablemente establecidas. Respecto a las críticas de Mr. Murdock sobre la penalidad impuesta a los dos contrabandistas, la injusticia de las sentencias consiste en que frustraron las expectativas de imparcialidad establecidas y razonables.

Volviendo a aquellos niños «bien favorecidos y hábiles en toda sabiduría,» de quienes se ha hecho mención, recuerdo el tiempo en que una joven delgada y de ojos negros, hija de un agricultor escocés-irlandés que residía en un distrito escolar vecino, al este de nuestro pueblo, vino como maestra a nuestra pequeña escuela gris y rodeada de altos robles. Siempre la he recordado con gratitud porque me adiestró en la tabla de multiplicación en la que me había paralizado, y me inició en los misterios de los números quebrados. De inteligencia sutil e intensamente energética, con un temperamento tan cálido como lozano era su cutis, provocaba murmullos cuando nos daba problemas que «no estaban en el libro.» Recuerdo que preguntaba: «¿Cuánto son $2\frac{1}{3}$ de $4\frac{1}{5}$ de 11?» y mantenía nuestra atención contraída al asunto hasta que lo comprendíamos y sabíamos cómo lo comprendíamos. Pero su alma sensible fué su ruina. Existía cierta rivalidad entre el extremo este y oeste del distrito

escolar, porque los occidentales creían que los orientales, más acaudalados, habían asegurado ventajas en la locación de la escuela. Mantenía estrechas relaciones con los orientales, porque vivía entre ellos en la dirección de Harmony. Todas las familias del lado oeste procedían del Canadá, excepto una, en la que la madre era francesa, e incluía una hija, alta, morena, de quince años, cuya cara profundamente picada de viruelas, expresaba tanto vigor y energía como la de la maestra. Antes de terminar la primera semana rompió a denunciarla. «La maestra de nuestra parcialidad.» Desgraciadamente el cargo no carecía de fundamento. Sin embargo, no hizo sino despertar el resentimiento de la maestra. La muchacha francesa persistió en su acusación. Antes de mucho habíase conquistado a la mayoría de los alumnos y después de una abierta ruptura y desafío, abandonó la escuela. La asistencia de alumnos decayó. La maestra mostróse aún más rígida con los rebeldes occidentales y antes de la expiración del segundo término, cerró la escuela. No obstante ser la profesora más llena de dones que he conocido, resultó un fracaso, porque contrarió el sentido de justicia de aquellos niños, su razonable expectativa de absoluta igualdad en la dirección de la escuela. ¡Cuán profundamente aprendimos que aquella era una escuela pública y que nosotros y nuestros padres teníamos tan buenos títulos a consideración en ella como cualquiera de los demás!

No veo necesidad de distinguir la justicia corriente de la justicia ideal, como lo hizo Mr. Sidgwick al analizar la palabra en su *Método de la ética*. Cree él que la justicia corriente consiste en armonizar con la